

Fecha 25.03.2009	Sección Primera-Nacional	Página 4
---------------------	-----------------------------	-------------



## El día que Colosio murió

**L**a gran mayoría de los que éramos adultos en 1994 recordamos lo que estábamos haciendo el día que **Marlo Aburto** asesinó a **Luis Donald Colosio**. Por mi parte, lo evoco perfectamente, sobre todo debido a un detalle escalofriante.

En aquel entonces estudiaba en Nueva York. El 23 de marzo me encontraba en mi casa. Salí a hacer unas compras rápidas al supermercado de la esquina. Cuando regresé, me encontré muchos mensajes en mi contestadora. “Qué raro”, pensé, e inmediatamente sentí que algo malo había ocurrido. Presioné el botón para recuperar los recados. El primero era de una amiga que, perpleja, me informaba que le habían disparado al candidato del PRI a la Presidencia. No escuché más. Prendí el televisor y lo sintonicé en Galavisión. Ahí estaba **Jacobo Zabudovsky** transmitiendo en vivo.

Tenía un hueco en el estómago. La cabeza me zumbaba. “Estas cosas no suceden en México”, pensé. Me hacía preguntas apocalípticas: “¿Se estará despedazando mi país? ¿Adónde va a terminar esta violencia?” Hay que recordar que unos meses antes había ocurrido el levantamiento zapatista en Chiapas. De pronto, en México, la nación que el presidente **Salinas** había prometido que llegaría al Primer Mundo, había una rebelión guerrillera y ahora mataban al candidato presidencial del partido que siempre ganaba. Este tipo de acontecimientos los leíamos en los libros de historia. No nos tocaba vivirlos. Pero ahí estaban: en vivo y en directo.

Comenzaron los telefonazos de los compañeros que estudiábamos en Columbia. Un par llegaron a mi casa. Estábamos desenchajados. Quizá sea cierto aquello de que las tragedias nacionales se viven más intensamente cuando está uno en el extranjero. Recuerdo perfectamente que uno de mis amigos repetía constantemente: “Esto ya se chingó”. Fumábamos y bebíamos. No nos despegamos del televisor. **Liéban Saenz** confirmaba que **Colosio** había muerto. En ese momento pensé: “Efectivamente, esto ya se chingó”.

Aquel 23 de marzo de 1994 fue un día terrible. La mañana

Continúa en siguiente hoja



Página 1 de 2  
\$ 19376.94  
Tam: 317 cm2

RCANO

Fecha 25.03.2009	Sección Primera-Nacional	Página 4
---------------------	-----------------------------	-------------

siguiente fui a recoger en mi puerta *The New York Times*. En la portada se informaba del asesinato del candidato mexicano. Junto al periódico encontré un sobre de una mensajería privada dirigida a mi persona. Lo abrí y me encontré con una carta firmada por **Luis Donald Colosio**, candidato del PRI a la Presidencia de la República. En ella me felicitaba por estudiar en Nueva York y me conminaba a apoyar al país cuando regresara a México. Tuve que sentarme a leer la misiva varias veces para entenderla. No podía creerlo.

Luego me enteré de la historia de la carta. Un amigo priista trabajaba en la campaña de **Colosio**. Consiguió la lista de direcciones de algunos alumnos mexicanos de Columbia. Redactó la carta e hizo que la firmara el candidato. Un asunto completamente normal en una campaña electoral. Las mandaron por mensajería privada. A mí la carta me llegó unas horas después de que **Aburto** le disparara a **Colosio** en Tijuana. Siempre recordaré este detalle aterrador. Como recordaré aquellas horas en que pensé que el país, como repetía una y otra vez mi amigo, se había chingado.

Creo que, de haber vivido, **Colosio** hubiera ganado la elección presidencial. Sin embargo, como retrata magistralmente **Héctor Aguilar Camín** en *La tragedia de Colosio*, muchos factores se combinaron para complicar aquella sucesión que apenas comenzaba. El asesinato del candidato terminó por enredar aún más la política mexicana que, desde entonces, como dice **Aguilar Camín**, no ha podido sacudirse el fantasma de la violencia de 1994.

A pesar de la tragedia de **Colosio**, ese año las instituciones procesaron el conflicto político y el país no se chingó. O quizá sólo un poco. O quizá mucho. La verdad no lo sé. Y es que 15 años después todavía no acabamos de entender la dimensión histórica de aquel año fatídico.